

ANTOFAGASTA  
**ZOMBI**

H. A. Riquelme



© Antofagasta Zombi  
Colección: Zombis Chilenos  
Sello: Tricéfalo  
Primera edición: Mayo 2021

© Hugo Riquelme Becerra

Edición general: Martín Muñoz Kaiser  
Ilustración de portada: José Canales  
Corrección de textos: Felipe Uribe  
Diagramación: Martín Muñoz Kaiser



© Áurea Ediciones  
[www.facebook.com/aureaedicioneschile](http://www.facebook.com/aureaedicioneschile)  
[@aureaediciones1](https://www.instagram.com/aureaediciones1)  
[www.aureaediciones.cl](http://www.aureaediciones.cl)  
Errazuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile

ISBN: 978-956-6021-64-3

Registro de Propiedad Intelectual N°: 2021-A-2035

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.

Todos los derechos reservados.

A la ciudad que me vio crecer.

*¡Levantaré a los Muertos!  
¡Haré que los Muertos se levanten y devoren a los vivos!  
¡Abre el Pórtico  
Si no quieres que los Muertos superen en número a los Vivos!*

**SOBRE EL SUEÑO DE ISHTAR,**  
*Texto Magan  
El Necronomicón, Editorial EDAF S.A. 1992*

## I

Quiso cerrar los ojos y obligar a su cuerpo a descansar, pero los recuerdos aullaban con impía impaciencia en los recovecos de su castigada mente.

Perlas saladas de ópalo adornaban la frente del profesor Zapata. No se desmoronaban. Tampoco se evaporaban. Se quedaban ahí, hinchándose. El brazo derecho del docente se elevó con torpeza y de un tirón arrancó el sudor de su arrugada cara, manchando con grasa el antebrazo de su viejo pijama. Estaba gastado en la entepierna y las axilas, al nivel de traslucir la piel pálida. Lo había zurcido en tantas ocasiones que era difícil distinguir el patrón que lo adornó en su mejor tiempo, pero se rehusaba a abandonarlo. El elástico vencido de su pantalón proporcionaba alivio a su abultada panza, y la gastada tela de su camisa le daba el equilibrio para sobrevivir tanto en verano como en invierno. Todas sus noches eran de otoño. Sin embargo, el motivo por el que se aferraba a él se remontaba a la Navidad del año 1990 cuando, en plena transición a la democracia, su esposa se lo obsequió medio en broma, medio en serio.

El gesto reflejo no alivió su ardor. Aún tenía el pecho empapado y las palmas de las manos se unieron a la sudoración, precipitando su despertar. Los párpados pesados se separaron con lentitud, encuadrando la ventana. La cortina estaba recorrida y el visillo dejaba pasar la luz anaranjada del poste a metros de su casa. Trazas de agua sobre el vidrio se juntaban como lágrimas de junio, escurriendo lodosas por las quebradas. El persistente golpeteo de la lluvia fue enmudecido por un bramido subterráneo, débil en principio, pero presente en todo momento.

El somier de madera crujió, amortiguando el cuerpo del viejo profesor; el larguero apollado se mostró capaz de soportar el peso. Cuando los pies del veterano se posaron sobre el *radier* encerado, percibió una vibración que fue creciendo con los minutos hasta convertirse en un temblor que sacudía de arriba abajo el cemento. El alarido ronco y subterráneo cobró fuerza, como una locomotora imparable en medio de una noche silenciosa. Cruzó el umbral de la puerta que separaba su habitación del resto de la casa y apoyó la mano en las tablas astilladas que hacían de muro. Ya no temblaba, pero el bramido continuaba creciendo más allá de las ventanas. Junto al lavaplatos vio sacudirse la lavadora, una *Fensa* semiautomática de tambor, color mocha, con dos anillos negros separando sus tercios. Se sacudía de lado a lado. Cada azote del artefacto incrementaba el sonido de la amenaza nocturna e intensificaba la lluvia que seguía estrellándose contra el vidrio. Dio tres pasos hasta la mitad de la habitación cuando la lavadora comenzó a saltar. El ruido tomó la identidad de una avalancha que reemplazó las gotas de sudor en su rostro por lágrimas que trazaron caminos similares a la lluvia en la ventana. Se abalanzó sobre el aparato e intentó controlar los espasmos con las manos, pero sus brazos carecían de la fuerza de sus años mozos. El ruido se volvió ensordecedor y reconoció los escombros siendo arrastrados hacia su casa, a punto ya de golpear su puerta. Sus dedos débiles y deformados por una incipiente artritis cedieron ante los sacudones de la máquina; entonces la tapa de la misma se clavó en el techo y un caudal de lodo y agua emergió como un géiser turbio que arrojó al viejo hasta dejarlo sentado sobre el suelo. El agua y el barro no cedieron en flujo ni en presión, cubriendo tanto las paredes como los muebles, y dejando hasta al cuello al profesor, quien con lágrimas se resignó a morir ahogado entre gritos, lluvia, barro y escombros.

Cuando abrió los ojos, las perlas estaban ahí. Redondas, casi sólidas. Saladas, calientes, buscando derramarse por entre los canales que le surcaban la frente. Un haz de luz anaranjado proveniente de la ventana cortaba la oscuridad. La cortina de género azul colgaba a un costado de la ventana, apenas afirmada en el cable verde con que la había amarrado hacía años. Uno de los clavos que la sostenía sobre el marco había cedido, horadado por el óxido de las salinas noches costeras. Al incorporarse en la orilla de la cama quejumbrosa, apretó los labios intentando recordar el momento en que perdió el entusiasmo por reparar los detalles que sostenían los cuatro palos que llamaba hogar.

Tocó su pecho bajo el pijama y lo encontró seco. Suspiró. Arrancó las gotas de sudor de su frente con un manotazo y se llevó con el gesto también un par de lágrimas. El vidrio en la ventana lucía adusto.

Sonrió aliviado.

El profesor se levantó con el cuerpo cortado. Los viejos resortes del colchón hacía tiempo no le daban alivio a su columna, ni a sus magros músculos. El primer paso le hizo crujir la cadera derecha; acostumbraba cerrar los ojos para aguantar el *crack*, y en el acto intentaba en vano recordar el último día en que sus articulaciones no necesitaron WD-40 para funcionar. Solo sabía que habían pasado años, decenas de años.

Subió el interruptor para encender la única ampolleta, que colgaba junto con su soquete desde unos cables vomitados por un agujero flanqueado por telarañas. Ignoró la cortina y cruzó el umbral para adentrarse en la segunda habitación que componía su morada. Fue directo a la cocina, cubierta de grasa, y con dos fósforos logró la flama en uno de los quemadores. Al girar tomó el balón de gas para determinar cuánto le quedaba. Concluyó que era suficiente. Puso sobre el fuego una tetera con el fondo negro y dentro de ella derramó media botella de agua.

Al terminar devolvió el contenedor bajo el mueble del lavaplatos junto a otras diez similares. Miró de reojo la lavadora *Fensa* y apretó los párpados cuando sintió que esta le devolvió la mirada. Contó hasta diez.

Caminó hacia una silla junto a la mesita del comedor, donde escarbó entre una pila de ropa limpia, pero arrugada. Escogió un pantalón café, con rodillas y glúteos gastados, pero todavía firmes, y una camisa lisa de un percutido blanco. Enchufó una plancha y esperó. No disfrutaba del planchado, solía quemarse la yema de los dedos al comprobar la temperatura del fierro; el aroma de las fibras calentadas tampoco le resultaba agradable, pero le provocaba satisfacción dibujar las líneas en el pantalón y en las mangas de sus camisas, además de dejar impecables los cuellos.

Al hervir el agua, vertió el contenido humeante dentro de un bol de loza y agregó el volumen de una botella y media más de agua. Lo levantó para llevarlo al baño y lamentó no haberlo hecho cuando todavía estaba vacío. Sus manos ya no eran las mismas que hacía diez años. Sus codos y hombros tampoco. Pequeñas burbujas de sudor se apoderaron del espacio donde antes lució un bigote. Instalado dentro del cuadrado de la ducha, se quitó el pijama, tomó un sobre con *shampoo* de manzanilla y con la otra mano mojó su pelo. Continuó aseando sus partes íntimas y remojándolas, generoso, para eliminar rastros de espuma. Era *shampoo*, jabón y perfume. Cepilló sus dientes con la misma agua y después de orinar lavó sus manos en el cuenco, antes de permitir al líquido escurrir hacia el estanque del baño y descargar la cadena.

Vistió sus calzoncillos, sus calcetas de hilo, el pantalón recién planchado y una camisa limpia. Calzó sus mocasines cafés y descolgó desde la pared de la pieza el vestón de paño que lo había acompañado en el aula durante los últimos cuatro años. Peinó su cabellera cana, apagó la luz y se dirigió a la puerta.

Dejó atrás su vivienda en la esquina de calle Emilio Astete y se encaminó por José María Caro. No levantó la vista. Se aseguraba de pisar firme en el pavimento gastado, intentando evitar llenar de polvo su calzado y de reojo vigilaba que nadie le saliera al paso por el camino. Acostumbraba salir de casa antes de que asomara el sol y, sin embargo, decenas de años habían pasado desde la última vez que miró directo el amanecer. No miraba fachadas, no las reconocía, no le gustaban. A pesar de que eran tanto o más humildes que la que lo dejaba ir a diario, se empeñaba en eludir contar cuántas casas lo separaban de la avenida Padre Alberto Hurtado. Al llegar ahí se detuvo con el corazón galopando. Esperaba el colectivo que lo llevase hasta el centro cuando sintió sobre su rostro la caricia infame de una brisa tibia. Se sentía pesada, con la carga del anuncio de un día abochornado, tanto que le revolvió las entrañas, le erizó el vello de la espalda y le robó el incipiente invierno. El aire le daba de frente, susurrando en su oído con el sollozo de un alma en pena. Le imploraba levantar la vista, le rogaba contemplar el cerro cortando el cielo encapotado. Aquella brisa tibia y funesta bajaba directo desde la Quebrada Baquedano.



## II

Una vez acostumbrado al ritmo del cerro, subirlo dejaba de suponer una tarea agotadora. La hora de la mañana en la que Ivonne salía de su casa en calle Fresia con Rancagua rumbo al hogar de su amigo le resultaba, por lejos, placentera. Iba de bajada, sin la pesada carga del sol zapateándole la nuca, y a pesar de que extrañó los resabios de la camanchaca besando sus mejillas, no encontró motivos para esconder su sonrisa de la brisa tibia.

Afirmando con celo ambos tirantes de su mochila, dobló en la esquina de Rancagua con Bío Bío. Entrar a aquella calle le provocaba sentimientos encontrados. Por una parte estaba el entusiasmo del camino cuesta abajo y de las casas familiares del entorno en que creció; por la otra, el constante miedo de que apareciera un tipo que no la reconociese debido al estado de intemperancia o intoxicación de una noche dura, o que hubiese decidido que podía descargar cualquier fetiche sobre su cuerpo adolescente que comenzaba a mostrar los primeros signos de adultez. Con cada paso rogaba porque una brisa traviesa no le jugase una mala pasada con respecto a la falda tableada del liceo, lo que le garantizaba, al menos, pasar desapercibida hasta la intersección de calle Independencia. Ahí la preocupación cambiaba cuando la esquina estaba deshabitada, lo único que podía lamentar era el no tener dinero para comprar un pan de huevo en la *Pastería Don Enrique*. Su estómago atiborrado de *Chocapic* y leche le reclamaba apenas los aromas dulces se colaban por sus fosas nasales. El resto del camino era un juego, doña Berta barriendo la entrada de su casa le devolvía la tranquilidad y si no estaba ella, la señora Gina, entonces, aparecía para enjuiciar el largo de su falda. Le molestaba

el comentario, pero la tranquilizaba saber que al menos había otro par de ojos vigilando su camino.

La casa de su amigo estaba a mitad de cuadra, mirando hacia el este. Era un edificio de larga fachada, la primera casa de la cuadra que tuvo un cierre de cemento, el orgullo de doña Tina, quien se jactaba de los bellos arreglos que su hijo Humberto, maestro albañil de primera, levantó con sus propias manos. Cuando la matriarca murió, la casa fue perdiendo el esplendor con las lunas. Ivonne recordaba cómo el polvo le ganó a la pintura y cómo los fierros quedaron al aire esperando que alguna vez un muro perimetral se uniese en la gran cocina que la señora siempre soñó para hacer sus afamadas empanadas de pino. En el antejardín, alguna vez hubo un pino, uno imponente de tronco y ramas gruesas que creció hasta casi tocar las nubes. Sintió pena cuando comenzó a verlo marchitarse, llenarse de tierra y del hollín de los escapes de las micros que pasaban más abajo, por la avenida Bonilla, hasta convertirse en un peligro que en cualquier momento se precipitaría aplastando el techo de la vivienda o, en el peor de los casos, sobre algún niño que anduviese jugando a la challa en el verano. Era doña Tina la que lo regaba y podaba. Quedaba poco del pino: un tronco seco y dos ramas desde las cuales colgaba una estampita de la Virgen de la Tirana a la que le bailaban los *chunchos* cada julio o, algunas veces, bien entrado agosto; pero el cierre de cemento había recobrado su gloria, una vez que don Humberto decidió dejar la caña de vino a un lado para reconciliarse con la albañilería. Estaba pintada de un color damasco, la única fachada que se alejaba del cemento bruto o del tradicional blanco percutido por la tierra y el óxido. A Ivonne le gustaba pasar la mano por su superficie antes de tocar el timbre: era porosa, lejos del yeso resquebrajado que apenas cubría la pared de su casa. Apretó el botón que figuraba escondido poco antes de llegar al dintel de la entrada. Intentó una segunda vez.

No hubo respuesta. Una tercera no tardó en llegar, antes de soltar un suspiro alargado.

— ¡Mortadela!

Un perro a lo lejos acompañó el eco de su grito, que se perdió cerro abajo.

— ¡Mortadela! — insistió.

Escuchó el correr de la cadena y las dos chapas que fueron liberadas de su pestillo, antes de que la puerta de madera sobrecargada por capas de pintura café se abriese hasta golpear contra la pared.

— Acá no vive ningún Mortadela.

La señora Silvia cruzó los brazos sobre su camisa de dormir floreada y clavó la vista furiosa en el ruborizado rostro de Ivonne. Los ojos de la madre de su amigo solían engañarla: se tornaban marrones cuando se enfurecía, aunque ella insistía en que tenían un poco de verde en el borde del iris.

— ¡Le puse nombre al cabro de mierda ese!

La adolescente hizo una mueca con los labios y jugó con los dedos sobre la falda. Sentía las manos cansadas de tanto apretar la mochila.

— Perdón, tía... El Jorge. Busco al Jorge pa' irnos al liceo.

— ¡Mortadela! ¡Te buscan! — gritó la madre, girando su cuerpo hacia adentro de la casa.

Ivonne mordió sus labios, atrapando una carcajada, y apretó con fuerza su falda.

Jorge llegó corriendo a la puerta y a empujones intentó apartar a su madre desde el umbral.

— Se te queda la mochila, pavo.

El rostro de tomate evitó los ojos achinados de Ivonne y se devolvió al trote a buscar sus pertenencias.

— ¿Cómo andai en la calle con este atarantado? Parece que no se le va a pasar nunca la edad del pavo.

El larguirucho joven volvió con el mismo ímpetu. Se despidió de su madre con un beso en la mejilla y, mien-

tras se acomodaba parte de la melena negra detrás de la oreja derecha, apuró el paso hasta donde lo esperaba su amiga. Avanzaron unos metros en silencio.

Frente a la Iglesia Evangélica de Cristo, se animó a romperlo.

—No me gusta ese sobrenombre.

—¿Desde cuándo? Te digo así desde chicos.

Doblaron por Cobija rumbo a la avenida Bonilla, donde ambos pretendían abordar la micro pagando un solo pasaje escolar.

—Ni sé por qué me dices así.

—Mírame.

Le hizo el quite y, sacudiendo la cabeza, lanzó su cabellera sobre el rostro, escapando de los ojos de su amiga.

—No te pongái hueón, mírame.

Jorge se detuvo sin corregir su encorvada postura. A Ivonne le parecía gracioso, pero encontraba que el suéter azul de colegio realzaba su porte. Le quedaba entallado y le había hecho agujeros en las mangas para meter los pulgares y cubrir sus manos. A Jorge lo avergonzaban sus uñas mochas, las que acostumbraba masticar cada vez que se ponía nervioso. Al fin la miró y se estremeció al ver que ella acercaba una de sus manos a sus mejillas. Echó la cabeza atrás por instinto, pero ella con una sola mirada le devolvió la confianza. Ivonne, con la yema de su dedo pulgar, le acarició la comisura de la boca.

—Tenías mantequilla.

Jorge apretó los ojos y, en su cabeza, rezó para no ponerse colorado.

—¿Prefieres que te diga “El Mantequilla” ahora?

Sintieron la temperatura subiendo desde sus panzas, escalando por sus cuellos hasta conquistar sus caras. Sonrieron, rieron... y siguieron su camino en silencio, con las mejillas rosadas y los hoyuelos junto a sus bocas bien marcados.

## III

Estiró los brazos al cielo, tratando de alcanzar el techo. La alarma de la radio reloj blanca había dejado de sonar hacía decenas de minutos, no obstante, el general de brigada José Miguel Pardo continuaba escuchándola de vez en cuando, como un eco fantasmal, como un celular vibrando en un bolsillo y presagiando una llamada que nunca entraba. Había salido de la ducha y acomodaba la polera verde que amaba usar debajo de su uniforme. No se apuraba: le gustaba dar largas inspiraciones frente al espejo antes de tomar la afeitadora y repasar su impoluto rasurado.

Las fragancias florales de los arreglos que su esposa Josefa preparaba desprendían aún más aroma al contacto con el vapor de la ducha. Ella estaba en la cocina, terminando de hacer el desayuno. No se complicaba la vida: le bastaba con una taza de café cargado y sin endulzante, un vaso de jugo de naranja marca Andina y dos tostadas con mantequilla y mermelada de mora. Su única exigencia era que fueran hallullas frescas. Nunca toleró el sabor del pan de molde envasado. Eso lo hacía feliz.

Al salir de la pieza, caminó hacia el ventanal que daba directo al patio céntrico de su casa fiscal. No lo avergonzaba pasearse en calzoncillos y polera; de hecho lo hacía sentir libre, si bien no por la desnudez, sino por no tener que verse sometido a la presión marcial que su rango le exigía en las calles de la base. Le gustó la temperatura de las baldosas en el patio y la sensación abochornada del amanecer. Cerró el ventanal y tomó las botas. Acostumbraba embetunarlas cada noche para dejarlas descansar antes de abrillantarlas con la escobilla. Su esposa no lo disfrutaba tanto: aunque José Miguel no era un hombre torpe, sí era desconsiderado y manchaba con betún la al-

fombra de la habitación, desatando discusiones que rara vez podía ganar. Había perdido el interés en esos conflictos hacía años; reservaba sus energías para ganar otras batallas. Otra cosa que a Pardo le gustaba, eran los días en que no había formación general. Podía usar su uniforme de campaña, lo que le daba comodidad y le recordaba los mejores días de su prolongada carrera. Nunca se acostumbró al mimetizado del desierto, pues le recordaba demasiado al uniforme del Ejército: Pardo lo despreciaba. Intentó muchas veces vestir el buzo de vuelo solo para escapar de esos colores tan apagados, pero Josefa insistió en que debía vestirse igual que sus subordinados para generar empatía y respeto. Cuando notó que no lograría persuadirlo, escondió la prenda y, a punta de retos, lo hizo acostumbrarse al color que tanto le amargaba las mañanas. La polera verde era el único vestigio de la rebeldía del piloto de guerra.

Cuando llegó al comedor de diario, vio a sus tres hijos sentados a la mesa. Discutían, animados, acerca de las estrellas y de la influencia que estas tenían en la vida de las personas en la Tierra. *Amenazas del plano exterior*, llamaban a eso. El más entusiasmado era el menor de los críos, quien había estado todo el fin de semana transmitiendo sobre la llegada de un libro que le brindaría el conocimiento absoluto. Pardo no creía en los libros.

—¿Qué hacen acá? —preguntó con real sorpresa.

José Manuel, el heredero, y Matías cursaban cuarto y primero medio, respectivamente. Ambos iban al prestigioso Instituto Chileno Norteamericano de Antofagasta, ubicado en plena avenida Brasil. La pequeña Paulina, el *conchito*, como acostumbraba llamarla, era la única que asistía a la escuela E-88 de la base, por lo que solo ella solía acompañar a los padres durante el desayuno. Los dos varones debían haber estado ya arriba del bus de estudiantes, camino a Antofagasta.

—Se quedaron dormidos, los dos. Te dije que no era buena idea dejarlos llevarse a la pieza esa cuestión con la que juegan.

Pardo se sentó a la mesa y olfateó su café. Su esposa acomodó frente a él un plato con las anheladas tostadas. Paulina se reía: esperaba que sus dos hermanos mayores fueran reprendidos.

—Marabolí los va a llevar al colegio, vayan a ponerse el uniforme y lávense los dientes.

Ambos adolescentes intentaron protestar, pero la mirada firme del padre abortó sus impulsos.

—José, ¿quién va a llevar a la Paulinita al colegio?

—Yo lo haré. Estos dos se van con Marabolí a Antofagasta y él se asegurará de que entren a cumplir con su deber. Mira que quedarse dormidos, los irresponsables: ¿dónde se ha visto?

Sacó su celular y envió un *WhatsApp* a su chofer para que se apurase en llegar.

—Trata de no demorarte mucho en ir a dejarla: tengo que usar el auto para bajar a buscar un encargo que me mandó la Coca desde Iquique.

—Llévatelo. Iremos caminando —replicó Pardo.

La niña fue quien se apuró en protestar. Cada día Marabolí la dejaba en la entrada del colegio y los centenares de metros que separaban su casa, en el centro de la población de oficiales, y la escuela le parecían inabarcables para sus cortas piernas.

—Pero, José Miguel, vas a transpirar. Sabes que no me gusta que dejes el uniforme manchado con sal. Además, vas a llegar tarde a la comandancia.

—Nadie va a reclamar porque llegue tarde. Estaría bueno que alguna vez empiecen el día con iniciativa propia. Nadie se mueve si no estoy encima.

—¿Y si te llaman de Santiago? Han estado ocupados estos últimos días.

—Ya te dije que se las pueden arreglar sin mí una hora. Ustedes dos, vayan a cambiarse ropa y tú, a lavarte los dientes. Si alguien del Estado Mayor quiere hablar conmigo, tiene mi número de celular. Dudo que lo hagan, en todo caso, han estado herméticos desde lo de Valparaíso.

La familia Pardo terminó su desayuno y en breve todos estuvieron listos para iniciar sus respectivas jornadas. Marabolí se llevó a los adolescentes rumbo a la ciudad y Paulina llegó con su mochila para tomar la mano de su padre y encaminarse a clases. Habían dejado atrás la población de oficiales, cuando Pardo se dio cuenta del silencio. No lo incomodaba, pero en su interior algo le decía que no era normal tanta dificultad para encontrar algún tema del cual hablar con su hija. ¿Qué música le gustaba? ¿Todavía veía dibujos animados o ya estaba en la etapa en que el *Tik Tok* había secuestrado su atención? ¿Era maquillaje lo que alcanzaba a ver en los pómulos y labios de la niña o solo un bálsamo labial? Lo aterraba la idea de preguntar y enterarse de que su niña estaba creciendo. Tampoco podía hablar acerca de juguetes: los últimos que le compró fueron escogidos por Marabolí, porque él estaba en servicio durante un ejercicio. Aunque encontró un difuso recuerdo de la *Pascua del Aviador* recién pasada, en que la niña disfrutó el regalo que el Viejo Pascuero le entregó antes de tomarse la foto. Ese tampoco lo escogió él, fue su esposa quien lideró el comité de regalos para los niños. Hizo memoria y recordó las tardes en que, al llegar del trabajo, Paulina le contaba su rutina escolar; sin duda habían sido las charlas más largas, sobre todo cuando entremedio aparecía algún problema relacionado con las matemáticas, que resultaba ser el ramo favorito de ambos. Los números eran lo único que tenían en común. Bajó la cabeza y miró a su hija, quien caminaba a paso lento y con la mirada al frente, también evitando encontrar un tema para hablar con su viejo. La niña le sostenía la mano, mas no se la apretaba. Se preguntó si



eso significaba que estaba incómoda. No solían caminar mucho juntos. Era su esposa la que acostumbraba salir con la niña. Giró la cabeza para mirar hacia la casa de su amigo, el coronel Valenzuela, unos trescientos metros más atrás. Él tenía dos hijas, una de la misma edad que Paulina. Valenzuela de seguro sabía de qué conversar con sus hijas. Debió haber pasado por la casa de su amigo y haberle ofrecido llevar a Camila a la escuela: era probable que ambas niñas fueran amigas. Tampoco se acordó de que Camila y su hermana Javiera estudiaban en Antofagasta. Quizá ni siquiera lo sabía.

Estaba en blanco y la E-88 apenas comenzaba a divisarse al final del camino.

## IV

La vista nublada comenzaba a gatillarle un profundo dolor de cabeza. Sintió los oídos abombados y recordó aquella vez, a sus dieciocho años, en que una ola traicionera lo aplastó contra la arena, durante un verano en Tongoy, y lo retuvo dando vueltas igual que en una lavadora por al menos veinte segundos de absoluto silencio en que la presión del agua aturdió sus ideas y revolvía sus pensamientos. Igual que entonces, percibía de a poco las melódicas palabras que el sacerdote escupía de forma mecánica junto al cajón. No le agradaba el cura. Nunca le dieron mucha confianza los hombres de fe, menos si vestían sotana y habían hecho algún voto de celibato. “Nadie se puede vestir así por gusto”, decía cuando el tema asomaba en alguna junta casual con amigos o, peor aún, en alguna discusión con su exesposa, mujer devota y llena de culpa. Fue por ella que aceptó el oficio. Por ella y por la insistencia de su comadre, quien tampoco era una mujer de fe, pero mantuvo firme su voluntad de cumplir el último deseo de quien en vida fuera su amiga. Nelson protestó en silencio cuando el cementerio aceptó hacer la excepción en cuanto al horario del funeral, y se vio obligado a cumplir con la ceremonia.

Miriam no conoció desde siempre a Susana, pero durante los tres años de matrimonio y los anteriores siete del noviazgo tenso que la unió a su amigo, llegó a quererla como a una hermana, luego de adoptarla debido al desamparo en que arribó a Antofagasta. Nelson entendió de golpe que seguir desvariando no iba a cambiar el hecho de que estaba ahí, una mañana de invierno, ataviado con un terno negro, una camisa blanca y una corbata igual de oscura, afirmando sus manos delante de su cuerpo y con

la cabeza gacha en tanto lideraba el funeral de la mujer que había jurado amar para siempre.

Recorrió con la mirada a los dolientes, escrutando sollozos y rostros en rictus. Todos eran amigos y parientes suyos. La familia de Susana no alcanzó a viajar desde Coyhaique para el último adiós y ella, mujer hogareña, hacendosa y reservada, no cultivó vínculos con gente distinta a la que él le había presentado. En secreto odió a sus suegros y, con la mandíbula apretada, les recriminó en su fuero interno el que no hubiesen hecho un esfuerzo mayor para cruzar el país; no obstante, la naturaleza repentina del deceso lo ayudó a encontrar calma y compasión hacia aquellos padres. Habrían de terminar sus vidas no solo con la pena de haber enterrado a parte de su proge nie, sino con el último adiós atorado en sus gargantas.

—Nelson, ya puedes despedir los restos de quien fuera tu esposa.

No había sentido la brisa en su rostro, pero entendió que estaba ahí cuando parte de un mechón de su cabello se alejó de la rigidez del gel para desafiar la gravedad. Se sentía tibio, si bien desconfiaba de su piel. Desde hacía unos días parecía ajena, dolía en sus manos y, de vez en cuando, en su rostro. De seguro el invierno le tendía una trampa. Le tomó tres segundos exactos procesar las palabras del cura. Había hablado durante los últimos diez minutos y, a pesar de haber ensayado, entendió que no había forma posible de preparar un último discurso.

Su pecho se apretó; no le dolía, pero sí creció hasta incluso dificultarle la respiración. Su corazón, desbocado, zapateó, queriendo saltar desde el interior de su camisa. Caminó hacia un costado del clérigo. No aclaró su voz:

—Susana no era una mujer que dedicara tiempo a preparar el futuro. Muchas veces, durante las tardes en que conversamos, pensé que no miraba más allá del momento que estábamos compartiendo. No planificaba salidas los fines de semana, o paseos por el parque ahí en la plaza

Ricaventura. Mucho menos planificó vacaciones. Siempre pensé que era un error, o que lo hacía por comodidad al cederme a mí la responsabilidad de pensar en el mañana. Me costó entender que ella quería regalarme el presente. De todas formas, hubo siempre una cosa que solía decirme respecto al futuro. No me agradaba, me inducía a pensar que lo hacía para joderme o para amargarme la mañana; ustedes saben, ella tenía un humor extraño...

Tragó saliva, al tiempo que intentaba respirar. Le costó recuperar la compostura que requería a fin de terminar sus palabras. Nadie lo compadeció: la mitad de los presentes, que no eran muchos, prefirió mantener la mirada apartada. Ni siquiera sus compadres lo hicieron: solo se habían sumado a los labios apretados que abundaban aquella mañana, en el cementerio Parque San Cristóbal.

—... “*Après Moi*”, me decía, “esa canción quiero que suene el día en que veas desaparecer mi cajón a tus pies”. —Sonrió—. Siempre supo que yo iba a sobrevivirla; tal vez por eso no hablaba mucho acerca del futuro. —Miró sus manos—. Le puse poca atención a su gusto por Regina Spektor. Hasta el día de hoy sigo sin entender su música, pero es a quien querías de escolta para el gran viaje. A tu memoria, Susana.

Conectó su teléfono celular al parlante *bluetooth* que Susana solía mover por su hogar. Tenía poca potencia y su batería estaba tan mal que apenas duraba un par de canciones antes de hacer necesario correr a conectar el cargador; aun así, le había resultado imposible vencerla de cambiarlo. Navidad tras Navidad y durante algunos aniversarios le insinuó un aparato de alta tecnología, el mismo que aparecía en los comerciales que interrumpían las telenovelas con que ella llenaba sus tardes, y la bola con la manzana mordida chocaba siempre contra el rechazo. Nelson desconocía muchas cosas de su esposa, detalles que se perdían por la costumbre de monologar en vez de aprender de la reciprocidad. Una de

ellas radicaba en que aquel parlante fue el último premio corporativo que ella obtuvo antes de dejar su trabajo para contraer matrimonio. Era la mejor ejecutiva de cobranza de su oficina, y su foto decoró varias veces la pared del honor frente a la que sus colegas se preparaban café. Su mundo comenzó a terminar el día en que decidió darle en el gusto a Nelson, quien pensaba que ella estaría mejor en la casa, descansando.

“Yo debo seguir de pie”, repetía con teatralidad la voz *mezzosoprano* lírica de la artista soviética cuando los trabajadores del cementerio comenzaron a bajar el cajón al lugar de su descanso final. Uno a uno, los amigos de Nelson se acercaron a despedir el féretro y dedicarle alguna que otra flor. Un puñado de tierra cayó desde las manos de aquellos más aferrados a las tradiciones. Para el deudo solo había silencio, no miradas compasivas, palmatazos en el hombro o caricias en el rostro... Solo un pesado silencio. El viudo volvió a mirar sus manos. Los últimos en irse fueron sus compadres y el cura. Tampoco se acercaron al doliente: contuvieron una incipiente ira a la altura del cuello, la comadre empuñó las manos al tiempo que reprimía una lágrima y el compadre le regaló una mirada que se tambaleaba en la línea que separa la lástima del rencor.

Nelson se quedó unos minutos viendo a los trabajadores del camposanto lanzar las primeras cargas de tierra, con sus palas, hacia el agujero. Regina ya no machacaba con sus versos, pero el recuerdo de la sonrisa de Susana persistía dentro de la cabeza del hombre. Se paseaba por los rincones, trayendo a flote la piel de marfil, el cabello dorado y los ojos color de avellana, siempre de semblante triste y sumiso. Miró sus manos y no pudo recordar la textura de su piel ni la tibieza de sus carnes o la flacidez de sus rechonchas mejillas. Observó sus dedos y palpó sus nudillos, todavía ardientes.

## V

La brisa insistía en desarmarle el peinado. Sus pasos apurados no ayudaron a evitarlo. Cien metros lo separaban de la salida del cementerio y pretendía recorrerlos en silencio, con la cabeza agachada y la vista clavada en la conchilla del sendero; con los nudillos resguardados dentro de sus bolsillos, lejos del viento, que avivaba el ardor de su piel seca. Poco quedaba de la sal de la única lágrima que derramó, una vez que los trabajadores terminaron el montículo de tierra bajo el cual depositaron el cajón con los restos de quien alguna vez fue su vida.

Ni los sepultureros ni Nelson, ni siquiera el viento se percató de la mano que atravesó la madera y encaminó sus huesudas garras putrefactas por entre la tierra... de regreso al mundo de los vivos.

## VI

O bnuilado, dejó atrás la escuela. Logró escabullirse por entre los compañeros de curso de Paulina, luego de despedirse de ella con un beso en la mejilla. No quiso voltear a verla hasta que se la tragase el aula: estaba enfocado en esquivar crías y sortear cualquier intento de los profesores del lugar por acercarse a él para congraciarse. Se había cansado de excusarse cada vez que la directora de la Edda Cuneo Donaggio (nombre preferido por la pedagoga para darle más relevancia al pequeño recinto) lo invitaba a ser parte de cualquiera de las decenas de actos y actividades con que la escuela bombardeaba su oficina y las agendas de los apoderados de la base. En un principio redactaba sentidas notas de excusa, pero en los últimos meses ni siquiera se había animado a contestar el teléfono. Su secretaria se encargaba de tramitar esos asuntos, a él le bastaba con saber que no le gustaban los niños. Apenas soportaba a los propios, y más por culpa que por instinto paternal.

Una vez sorteados los obstáculos, decidió doblar hacia el oeste y tomar el camino por dentro de la población hacia la comandancia. Era la ruta más larga, que se extendía por terrenos baldíos incluso, pero le ahorraba tener que pasar otra vez por fuera de la capilla. Se le agarrotaba el estómago cuando andaba por ahí. Tampoco le caían en gracia los curas. Ni siquiera el de Cerro Moreno, que era primo de su esposa. Suficiente tenía lidiando con encontrar una excusa para explicarle a ella por qué destinaban a su pariente a la cuarta brigada aérea en Punta Arenas. No quería imaginarse lo que significaría decirle la verdad y enterarla de que el primo anduvo de galán y embarazó a una adolescente hija de un suboficial de larga y destacada carrera en la brigada. También tuvo que solicitar el

traslado de este último hacia la base de Quinteros, para evitar el escándalo mayor dentro de las filas de la Fuerza Aérea. Cerro Moreno era un pueblo tranquilo, libre de delincuencia, pero no de cahuines.

Vio a la gente iniciar sus rutinas, yendo desde sus casas hacia la base, como hormigas siguiendo un rastro. Las madres, que en su mayoría realizaban labores de dueña de casa, encaminaban a su prole hacia la escuela y, luego de varios minutos de ponerse al día en cuanto a las cochupuchas, volvían a sus hogares. Eran trayectos de ida y de vuelta ejecutados de forma mecánica, quebrados solo por una eventual compra en alguno de los almacenes dentro del barrio o, en el mejor de los casos, en el supermercado, que tenía poco de *súper*. Borregos, decía Pardo para sus adentros, que pululaban entre pabellones y caminos sin pavimentar. La vista le recordó cuánto extrañaba volar.

Cuando dobló, en la intersección del camino que se adentraba en la población atravesando la cual llegaría al Grupo Base Aérea, un servil sargento lo reconoció. Conducía un *Chevrolet Aveo* de la temporada anterior. A Pardo no le gustaba el color azul del auto, pero sufría cada vez que miraba sus botas de vuelo salpicadas con polvo y aceptó el aventón. En pocos minutos estuvo en su oficina, sentado detrás de su escritorio e inclinado en su silla, lejos de la intrascendente plástica del sargento, que insistía en invitarlo a ver la final del campeonato de fútbol de la base, que se iba a celebrar en el *Estadio Sustineo*, entre el Grupo de Defensa Antiaérea N° 21 y el GAM (Grupo de Abastecimiento y Mantenimiento).

Lo sorprendió un *email*. El remitente era la cuenta de la comandancia en jefe y parecía un mensaje encriptado. Su corazón se agitó al recordar su calificación, un mediocre tres, lejos de lo esperado para un oficial de su calibre. Pensó en que a los problemas generados por el pariente de su esposa debía sumar la conversación en la que le iba a explicar a la familia que debían volver a mudarse



por un traslado. Los niños estaban grandes, José Manuel daba la PSU a fin de año y de seguro dejaría la casa para estudiar en alguna universidad de Santiago, Paulina estaba chica y no le iba a costar volver a hacer amigos, pero Matías se hallaba en la edad difícil y había encontrado polola un par de meses antes.

Entonces se dio cuenta: su calificación daba para traslado, pero él ya rozaba los treinta y cinco años de servicio... No había espacio en otra brigada aérea, mucho menos en el Estado Mayor: el *email* no era por un traslado, era por su inminente baja. Hacía cinco años había coqueteado con la idea de acogerse a retiro y dedicar su vida a volar una avioneta particular que estuvo a punto de comprar, instalándose con su familia en una parcela en Puerto Varas y criando animales, pero entendió que una vez llegado el momento de enterarse de que la institución a la que dedicó su vida, por la que guardó secretos y sacrificó la moral, lo despedía, el mundo se le vino abajo.

Miró el *email* por varios minutos sin animarse a leerlo. Sonó su teléfono.

—General Pardo, solicito que atienda por una línea segura —espetó una voz ronca desde el otro lado del auricular.

Pardo marcó una clave en su teléfono y desvió la llamada a un aparato ubicado en la esquina de su escritorio. Una luz roja comenzó a palpar de forma intermitente, tomó el auricular y continuó con la llamada.

—Aquí Pardo, en línea segura. ¿Quién habla?

—El general de división Saúl Márquez. Lo llamo desde la tercera brigada acorazada La Concepción.

No disimuló la arcada que sintió, al contrario, la exageró con toda la teatralidad de la que fue capaz. Sabía muy bien quién era Saúl Márquez, había asumido un par de meses antes que él y se encargó de organizarle un asado de camaradería en una de las casas de huéspedes que el Ejército mantenía en la zona sur de la ciudad, cerca

de donde estaba emplazado el regimiento La Concepción antes de trasladarse al extremo norte de la misma, fuera del radio urbano. No disfrutó el encuentro ni la comida, ni mucho menos las anécdotas del hombre de alto rango o de cualquiera de sus amigotes subordinados, quienes egresaron de la Escuela Militar para iniciar sus carreras en el año 1986, uno de los más violentos de la dictadura. Un sinnúmero de atrocidades fue revelado entre risas y gestos de orgullo.

—Tenemos poco tiempo para hablar, pero asumo que ya revisaste el *email* en tu computador.

No lo había hecho, pero aun así sintió alivio, pues no debía lamentar su baja.

—Ordené el acuartelamiento de mi contingente y elevé las órdenes al batallón de telecomunicaciones para bloquear las señales de internet en la ciudad. Cuento con que desde el grupo de telecomunicaciones N° 31 puedas interceptar llamadas y videos respecto a la operación en Valparaíso. En media hora vuelvo a contactarlo, general Pardo. Desde ahora en adelante nuestras conversaciones serán por esta vía.

La llamada se cortó desde el otro lado y Pardo cerró los ojos. Había bloqueado de su mente el fuego en Valparaíso hasta tener más detalles. Estallido social, intoxicación masiva, una nueva gripe, cada una de ellas le parecía una causa para justificar el barrer con la población civil. La conversación con el comandante en jefe de la FACH en donde se le llamaba a estar sereno y alerta hizo eco dentro de su cabeza, ignorando incluso la parte en que el alto mando ponía en duda el control de la autoridad civil. Abrió el *email*, descargó y analizó sus órdenes para comenzar el que se auguraba como un largo y tenso día. “El deber y la lealtad de un soldado es para con la patria, no para con un inepto embestido de Presidente, aunque el pueblo haya votado en masa por sus mentiras”, se dijo intentando relajar el zapateo en su pecho.

Quiso devolver el tiempo y dejar a sus hijos en casa. Quiso haberle quitado el auto a su esposa para evitarle el viaje a la ciudad. Quiso haber mandado a Paulina en el auto fiscal a clases y haberse sentado a tiempo en la oficina para no dejarse sorprender por Márquez.

Activó la alerta en la base y ordenó sacar los aviones a la loza y prepararlos para operar. Demandó a sus pilotos estar disponibles en sus puestos de combate y le rezó a su Dios para no tener que replicar lo del puerto y eludir apuntar las armas contra la población civil otra vez.